

Gonzalo de Berceo – Milagros de Nuestra Señora

Milagro IX – El clérigo ignorante

Érase un simple clérigo que instrucción no tenía,
la misa de la Virgen todos los días decía,
no sabía decir otra, decía ésta cada día:
más la sabía por uso que por sabiduría.

¹ Sacerdote.

Fue este misacantano¹ al obispo acusado
de ser idiota, y ser mal clérigo probado

² «Salve, Madre Santa»

al *Salve Sancta Parens*² tan sólo acostumbrado,
sin saber otra misa ese torpe embargado.

³ Ira.

El obispo fue duramente movido a saña³;
decía: «De un sacerdote nunca oí tal hazaña».

⁴ Puta.

Dijo: «Decid al hijo de la mala putaña⁴
que ante mí se presente, no se excuse con maña».

⁵ Sacerdote.

Ante el obispo vino el preste⁵ pecador;
había con el gran miedo perdido su color;
no podía, de vergüenza, catar⁶ a su señor:
nunca pasó el mezquino por tan duro sudor.

⁶ Mirar.

El obispo le dijo: «Preste, di la verdad
dime si como dicen es tal tu necedad».
El bueno hombre le dijo: «Señor, por caridad,
si dijese que no, diría falsedad».

El obispo le dijo: «Ya que no tienes ciencia
de cantar otras misas, ni sentido o potencia,
te prohíbo que cantes, y te doy por sentencia:
por el medio que puedas busca tu subsistencia».

El clérigo salió triste y desconsolado;
tenía gran vergüenza y daño muy granado.
Volvióse a la Gloriosa lloroso y aquejado,
que le diese consejo, porque estaba aterrado.

La Madre piadosa que nunca falleció
a quien de corazón a sus plantas cayó,
el ruego de su clérigo luego se lo escuchó,
sin ninguna tardanza luego lo socorrió.

La virgo Gloriosa que es Madre sin dición,
apareció al obispo en seguida en visión;
díjole fuertes dichos, en un bravo sermón,
y descubriole en él todo su corazón.

Díjole embravecida: «Don obispo lozano,
contra mí, ¿por qué fuiste tan fuerte y tan villano?
Yo nunca te quité por el valor de un grano,
y tú a mi capellán me sacas de la mano.

porque a mí me cantaba la misa cada día
pensaste que caía en yerro de herejía,
lo tuviste por bestia y cabeza vacía,
quitástele la orden de la capellanía.

⁷ Muerto.

Si tú no le mandares decir la misa mía
como solía decirla, gran querella tendría,
y tú serás finado⁷ en el treinteno día:
¡ya verás lo que vale la saña de María!».

⁸ Prohibido.

Fue con esta amenaza el obispo espantado,
y mandó luego enviar por el preste vedado⁸;
le pidió su perdón por lo que había errado,
porque en su pleito fue duramente engañado.

Mandole que cantase como solía cantar
y que de la Gloriosa fuese siervo en su altar:
y si algo le menguase en vestir o en calzar,
él de lo suyo propio se lo mandaría dar.

Volvióse el hombre bueno a su capellanía
y sirvió a la Gloriosa Madre Santa María;
en su oficio finó de fin cual yo quería,
y fue su alma a la gloria, tan dulce cofradía.

Aunque por largos años pudiésemos durar
e infinitos milagros escribir y rezar,
ni la décima parte podríamos contar
de los que por la Virgen Dios se digna mostrar.

Milagro XIX – Un parto maravilloso

De otro milagro más os queremos hablar
que acaeció en otro tiempo en un puerto de mar:
entenderéis entonces, y la podréis jurar,
la virtud de María que obra en todo lugar.

¹ Para todo.

Entenderéis por él cómo es la Gloriosa
por el mar y la tierra, por todo poderosa,
cómo vale aún¹, porque no es perezosa,
y nunca encontró nadie madre más piadosa.

En medio de la isla, por las ondas cercada,
había una capilla a San Miguel sagrada:
era celda preciosa, de virtud bien probada,
pero era no poco arriesgada su entrada.

Cuando quería el mar hacia afuera salir
salía a fiera prisa, no se sabría sufrir:
Aunque ligero, nadie le podría huir;
por no haber salido antes, debía allí morir.

² Lento.

³ Ritmo, velocidad.

El día de la fiesta del arcángel precioso
estaba el mar más quedo, yacía más espacioso;
oía el pueblo misa, mas no a son vagaroso²,
huían luego a salvo a corso³ presuroso.

Un día por ventura con la otra mesnada
metiose una mujer debilucha y preñada;
no supo regularse muy bien a la tornada,
y estaba arrepentirse de haber hecho esa entrada.

⁴ Alejadas.

Las ondas venían cerca, las gentes alongadas⁴,
tenía con el desánimo las piernas embargadas;
no eran de valerle las compañías osadas,
y había en pequeño término que hacer muchas jornadas.

Sin poder hacer más, todos con aflicción
«¡Santa María, válgasla!» decían de corazón.
La preñada mezquina, llena de desazón,
quedose entre las ondas en fiera situación.

⁵ Emboscada. Los que habían salido, como no veían nada, cuidaban sin duda que había muerto ahogada; decían: «Esta mezquina fue desaventurada; ¡sus pecados tendieronle una mala celada⁵!».

Ellos esto diciendo encogiose la mar, en muy poco instantes retornó a su lugar: quieriales don Cristo gran milagro mostrar, para que de su Madre tuviesen qué contar.

⁶ Arenal, playa. Ellos, que se pensaban seguir por su carrera, extendieron los ojos, cataron a la glera⁶ y vieron que venía una mujer señera: con su hijo en los brazos iba hacia la ribera.

Quedáronse las gentes todas maravilladas; su fantasía, pensaban, las traía engañadas; pero fueron en poco tiempo certificadas y a Cristo daban gracias, todas manos alzadas.

⁷ Verdad. Dijeron: «Decid, dueña, por Dios y caridad, por Dios os conjuramos, decidnos la verdad, decidnos de la cosa toda certinidad⁷ y de la preñez cómo os librasteis contad.

Por Dios avino esto, eso no lo dudamos, y por Santa María, que nosotros rogamos y el arcángel Miguel en cuyo honor andamos: merece este milagro muy bien que lo escribamos».

«Oíd —dijo la dueña—, oíd, buena compañía; yo creo que no oísteis nunca mayor hazaña: será muy bien narrada por toda tierra extraña, en África y en Grecia y también en España.

Cuando vi que de muerte librarme no podía, que de las ondas fieras circundada me veía, encomendeme a Cristo y a su Madre, María, pues según mi entender de otro no dependía.

⁸ Vestimenta. Estándome yo en esto vino Santa María, cubriome con la manga de su rica almejía⁸: ya no sentí el peligro más que cuando dormía; si estuviera en un baño, más leda no estaría.

Sin cuitas y sin pena, y sin ningún dolor parí este pequeñuelo, loado sea el Criador: tuve buena madrina, no podría mejor; me hizo misericordia la Madre del Señor.

En mí hizo gran gracia, no una, y sí doblada: si por Ella no fuese hubiera muerto ahogada, me valió en el parto, que no fuese dañada: ninguna mujer tuvo madrina tan honrada.

Así fue mi aventura, tal como yo os lo digo; usó Santa María su gran piedad conmigo. Así, todos debemos tomar de aquí castigo y rogarle nos libre del mortal enemigo».

Tuvieron del milagro todos gran alegría, rindieron a Dios gracias y a la Virgen María, hicieron un buen cántico toda la cofradía: podríalo en la iglesia cantar la clerecía.